



COMUNICACIÓN ACADÉMICA N° 94

*Del señor académico de número don
Luis Soler Cañas, acerca de*

Nicolás Olivari

Señor Presidente:

Nicolás Olivari, cuyos extraordinarios méritos literarios no le han dado ¡todavía! ni un premio nacional ni un sillón en la academia de letras, pero que pertenece gloriosamente a la del Lunfardo, donde se sienta y se siente muy a gusto, nació en este Buenos Aires querido el 8 de setiembre de 1900. De chico su madre lo arrullaba dulcemente con los versos y la melodía –más de habanera que de tango, dicen algunos– de *La Morocha*. Y a los 18 años, es decir, en 1918 –mientras el autor de estas líneas acometía el laburo de nacer– Olivari cursaba el cuarto año en la segunda división del colegio nacional Nicolás Avellaneda. Allí lo tuvo de condiscípulo a Lorenzo Stanchina y quizás desde entonces data la amistad que los une, que fructificó en una tarea común – un estudio sobre la obra de Manuel Gálvez– y que ahora los ha vuelto a reunir en la Academia Porteña del Lunfardo.

Nicolás Olivari ya literateaba por ese entonces y tuvo, como sus demás compañeros de estudios, la fortuna de contar con un profesor de literatura como la gente, llamado Emilio Alonso Criado, a quien cupo el honor de oficiar como partero en el nacimiento literario del autor de *El gato escaldado*. Don Emilio Alonso Criado publicó en 1919 un libro titulado *Del aula (aporte a la enseñanza de la literatura)*, constituido por dos partes: la primera, de él, contiene clases, conferencias, programas y memorias de su curso de letras; la segunda, de sus discípulos, ejemplifica prácticamente los frutos de su enseñanza sobre sujetos, como es lógico pensar, convenientemente dotados. Y en esta segunda parte figura un relato en prosa de Nicolás Olivari. Su título: “El matón del arrabal”. Como se ve, ya le atraían las cosas del suburbio.

“Era el guapo. Gotas ancestrales de Moreira bullían en su sangre criolla de peleador indómito”. Así empieza. Jacinto, “el último Moreira”, héroe del barrio arrabalero, es capaz de batirse con quince por una mujer y de liquidarlos a todos. Pero en un boliche en el que –reminiscencia campera– todavía unas rejas defienden al tabernero tras el mostrador, un mestizo cobarde y traicionero le da muerte luego de sostener un diálogo, dice Olivari, en el que ambos hacen “verdadero derroche de calor”.

Es un cuadro logrado, que preanuncia al prosista vigoroso y en el que podemos encontrar, pudorosamente entrecomillada, la palabra “bronca”, entre otras que denuncian la raigambre o ciudadanía idiomática argentina del escritor.

Mediante la Nota Final insertada por el autor del libro nos enteramos de que para esas fechas Nicolás Olivari ya había entrado en contacto con otra de sus pasiones: el teatro. Y que en colaboración con Héctor Virgilio Noblía había escrito un drama en tres actos titulado *El mejor amor* y que parece iba a publicarse, porque Alonso Criado añade: “Con respecto a la última producción que indico –la de Olivari-Noblía– debo manifestar que se trata, por las mayores dificultades que presenta el género dramático,



de un meritorio esfuerzo que han de poder constatar los que lo lean en su inmediata publicación”. (Diré, de paso, que también Lorenzo Stanchina había pagado ya tributo al culto de Talía, con un drama, *Los dormidos*, que Alonso Criado califica de “notable, tanto por su argumento lleno de dificultades, brillantemente vencidas, como por la técnica escénica y los efectos teatrales que abundan en su obra”.)

Años más tarde, Olivari ya entra oficialmente en la literatura “grande”, con los cuentos de *Carne al sol*, los poemas de *La amada infiel* y el ensayo, con Stanchina, sobre la obra de Manuel Gálvez. Es *La musa de la mala pata*, sin embargo, el libro que hace resonar su nombre, cuando ya Olivari se codea con los hombres del periódico *Martín Fierro* y, junto con los escritores de la generación que Juan Pinto llama del 22, va a traer a la literatura argentina la mala vida, el arrabal, la existencia sórdida de los cafetines y los prostíbulos, el tango y, sobre todo, esa peculiar visión, ácida y tierna a la vez, con que mira y traduce el Mundo, el Hombre. La urbe porteña conoce con estos poetas una nueva y más verdadera o inédita dimensión.

Buenos Aires, 8 de enero de 1966

Luis Soler Cañas
Académico de número